

RESEÑA BIBLIORÁFICA

Bascones Martínez, Antonio

Muerte en la Academia

Editorial Punto Rojo Libros, S. L., Sevilla, 2018, 616 páginas

José Antonio Tomás Ortiz de la Torre

Académico de Número y Presidente de la Sección de Derecho. Real Academia de Doctores de España

Siempre me ha parecido que iniciar la lectura de un libro, especialmente una novela o una antología poética, es muy similar al análisis de una pintura o una obra de música clásica, dicho de otro modo, a desentrañar el sentido que encierra y traducir, a los efectos de captar, lo que el autor ha querido transmitir; las palabras, las pinceladas, los compases en el papel pautado productivo, en la definición de la música, de ese arte de combinar los sonidos y el tiempo pertenecen, ciertamente, a mundos muy distintos pero, sin duda, poseen algo en común: el planteamiento, al menos para mí, de un interrogante al que el lector, el espectador (en el sentido orteguiano del término) o el oyente, ha de dar una respuesta y elaborar una conclusión que, naturalmente, será “personalísima”, si se me permite, como jurista, utilizar aquí el vocablo que se aplica a los derechos intransmisibles inherentes a la persona. Recuérdese, por citar uno de los muchos ejemplos posibles, la actitud del visitante en una exposición de arte, y los temas de la misma, que ha dado lugar a una de las grandes obras musicales de la escuela rusa (concretamente del grupo de “Los Cinco”), como es *Cuadros de una exposición*, la famosa suite de piezas compuesta por Modest Petrovitch Mussorgski¹ en 1874, que se inspiró en diez pinturas y dibujos² de su gran amigo el artista y arquitecto Viktor Hartmann, los cuales formaron parte de una exposición póstuma en homenaje a éste, muerto a los 39 años; en ese recuerdo el compositor ruso “dibujó en música”, en música *programática*,³ originalmente para piano, esa exposición, una obra musical que sigue

¹ Nació en Karevo, gobierno de Pskov, el 20 de marzo de 1839, y falleció en San Petersburgo el 28 de marzo de 1881.

² Son: *Gnomos, Il vecchio castello, Tuileries, Bydlo, Ballet de polluelos en sus cáscaras, Samue Goldenberg y Schmuyle, El mercado de Limoges, Catacumbas, La cabaña sobre patas de gallina y La Gran Puerta de Kiev.*

³ La música “programática”, aunque el término sea de cuño moderno, está presente en la historia de la música desde el Renacimiento. En ella el compositor pretende “representar” un hecho que no pertenece a la Naturaleza así, por ejemplo, el ruido de una batalla, los golpes de llamada a una puerta (Beethoven: *La batalla de Vitoria, Sinfonía número cinco, Sinfonía número seis “Pastoral”*, ésta según algunas opiniones pero, desde luego, no según la del

actualmente presente, en versiones orquestales, especialmente la que llevó a cabo, en 1922, Maurice Ravel, en los programas de las temporadas de concierto de todas las orquestas del mundo. Este sólo caso podría servir para meditar sobre los vínculos que se presentan y confluyen en el vasto mundo del arte en sus distintas formas. Y es que ante una novela no solamente hay que leer, eso sólo es una parte de un “todo”: hay también que “escuchar” los diálogos que se producen entre los protagonistas, cualquiera que sea la relevancia que tenga cada uno de ellos, trasladarse, llevar la imaginación a los tiempos y lugares por los que su argumento transita, identificarse con esas personas ficticias que forman parte de la trama e intentar vivir interiormente sus sentimientos..., en definitiva se trata de asumir por parte del lector que se encuentra ante un vasto campo inexplorado en el que tiene que adentrarse, y en el que se vislumbra una pluralidad de caminos a recorrer, a fin de poder transponer la ficción a la realidad. Con este espíritu es con el que inicié la lectura de la novela que es objeto de estas páginas. Y en cuanto a este comentario, reseña, recensión o crítica literaria, siguiendo el método que huye de unos pocos párrafos en los que apenas se da una breve noticia de la existencia y contenido del libro y, por supuesto, en cuanto a la forma sabiendo que sobran las notas y las citas, pero como decía, refiriéndose a esto, el gran crítico literario que formó parte de la llamada “Generación del 27” José F. Montesinos, en carta de 1 de octubre de 1958, a su amigo J. H. Silverman, sin ellas así “yo no sé hacerlo”.⁴ Ya el pasado año me cupo la grata tarea de referirme a la obra *Desde mi ventana*,⁵ que el doctor Antonio Bascones Martínez, biólogo, prestigioso cirujano maxilofacial, catedrático en la Facultad de Odontología de la Universidad Complutense, doctor *honoris causa* por diversas Universidades y actual presidente de la Real Academia de Doctores de España, acababa de publicar y en aquéllas páginas hice una breve, por obligada, referencia a esa especie de simbiosis, o mutua atracción, existente entre medicina y literatura, sobre lo que mucho podría decirse y bastaría, por ejemplo, con sólo citar la bibliografía que sobre médicos escritores de Europa, América, y desde luego de España, ha salido de las plumas de ilustres profesores universitarios como el italiano Arnaldo Cherubini o el español Manuel Díaz-

propio compositor; Tchaikovsky: *Obertura solemne 1815*), el ruido de la pirotecnia (Haendel: *Música para los Reales Fuegos Artificiales*), el tema de un cuadro, etc. Los primeros compases de la obertura de *La fuerza del destino*, de Giuseppe Verdi, reproducen unas expresiones que él escuchó en el Parlamento piemontés de los diputados que, en un momento concreto, repitieron con insistencia: “Hay que votar, hay que votar, hay que votar, votemos”. También está la música “descriptiva” en la que se intenta la reproducción de hechos propios de la Naturaleza, así los ruidos de una tormenta, del viento, de la lluvia, del mar que, por cierto, Sergei Rachmaninoff en su obra *La isla de los muertos* consiguió reproducir el ruido del flujo y reflujo de las olas con una perfección soberbia y realmente insuperable. En fin, y sin relación con ellas, está la música “absoluta”, en la que el compositor no persigue representar ni reproducir nada, sino que solamente supone una sucesión de sonidos que se hilvanan en función de la belleza de la línea melódica, según el criterio del autor.

⁴ Vid. su obra *Ensayos y estudios de literatura española*, Selecta de Revista de Occidente, Madrid, 1970, p. 16. José Fernández-Montesinos Lustau o José F. Montesinos, como él firmaba, nació en Granada en 1897 y en su Universidad se licenció, en 1916, en Filosofía y Letras. Murió en Berkeley (California, Estados Unidos de América) en 1972.

⁵ Vid. Anales de la Real Academia de Doctores de España, vol. 3 (2018), pp. 127-130.

Rubio. Ahora de nuevo vuelvo, con sumo gusto, a ocuparme de, por el momento, esta última obra de Antonio Bascones, una interesante y espléndida novela con la que amplía su producción literaria que cuenta ya con diversos títulos en prosa como son *La última experiencia*, *La fuerza del destino*, *El secreto del Camino*, *Sol entre siete chimeneas*, *Cuentos para una tarde de invierno*, *La invitación* o *Historia de un pasado*, junto con otros dedicados al *ars poética*, como diría Horacio, transitando aquí dentro de unos linderos desde los que, dirigiendo la mirada solamente a nuestro país, se encuentran nombres universales, así desde Jorge Manrique en el siglo XV hasta Ángel González en el XXI, y esto sólo por poner un comienzo y un final a una lista que realmente es interminable. El origen de esta novela, precisamente ya con el título de *Muerte en la Academia* (cuarenta y nueve capítulos y epílogo), lo relata el propio autor en el prólogo: “Una tarde de una primavera bien entrada, en la Real Academia Nacional de Medicina, el Prof. Manuel Díaz-Rubio me dijo “¿por qué no escribes una novela sobre algo de la Academia, las intrigas, las tertulias, los enfrentamientos y pones como título Muerte en la Academia?”.⁶ Y esa sugerencia ha tenido como resultado seiscientos dieciséis páginas con las que desde su comienzo el lector se siente atrapado. El autor confiesa que, ante la posibilidad de que un argumento centrado en los tiempos que se viven pudiera levantar ampollas, decidió situarlo en épocas anteriores tomando como punto de partida la famosísima novela, precursora de la novela picaresca, publicada en 1554, con el título de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, conocida como *El Lazarillo de Tormes*, en la que en forma autobiográfica y epistolar se narra la vida del niño Lázaro de Tormes,⁷ una figura que en el siglo XVII tuvo algunos continuadores de la tradición de la picaresca y que no pasó desapercibida en el XIX a los pinceles de Francisco de Goya.⁸ De los escasísimos ejemplares conservados el más recientemente descubierto es uno de los publicados en Medina del Campo, que se descubrió en 1992 emparedado en una casa sita en la plaza de Nuestra Señora de Soterraño de la villa de Barcarrota, en la provincia de Badajoz. En la fecha en que fue escondida la obra de *El Lazarillo*, posiblemente hacia 1557, la casa, nos dice el autor, era de un médico llamado Francisco de Peñaranda que se

⁶ Página 9.

⁷ Debo decir que todo lo relacionado con *El Lazarillo de Tormes* me parece apasionante, así la discutida autoría (fray Juan de Ortega, Diego Hurtado de Mendoza, Juan de Valdés o su hermano Alfonso, Sebastián de Horozco, Lope de Rueda, Pedro de Rúa...), sus fuentes (ha sido relacionada con *El asno de oro* de Lucio Apuleyo, con *Proceso de cartas de amores*, de Juan de Segura, etc.), la enigmática “vuesa merced”, o el género (su complejidad frente a una aparente sencillez), entre otros aspectos. Como es sabido la novela tuvo cuatro ediciones príncipe: Burgos (editor Juan de Junta), Medina del Campo (editor Hermanos del Canto), Alcalá de Henares (editor Salcedo) y Amberes (editor Martín Nucio), de las que las dos primeras parece que, dentro de 1554, son las más antiguas. De la edición de Amberes se tiene noticia de que existen actualmente siete ejemplares, mientras que de las otras tres solamente se conserva un ejemplar de cada una. Se ha especulado con la posible existencia de una edición de 1552 o 1553, que a consecuencia de su hipotético éxito habría sido la causa de las cuatro ediciones posteriores de 1554, simultáneamente aparecidas.

⁸ El genial aragonés pintó el cuadro (80 cms. de alto por 65 cms. de ancho), un óleo sobre lienzo, entre los años 1808 y 1810. De 1812 a 1923 pasó por diversos propietarios y en la actualidad, según ciertas fuentes, se dice que pertenece a la colección privada de los herederos de un prestigioso médico madrileño.

vio obligado a protegerse de la Santa Inquisición escondiendo no sólo ese libro sino otros como la *Oración de la Emparedada*, en lengua portuguesa, un libro en latín de *La Lingua* de Erasmo de Rotterdam y el *Libro de Alboraique*, junto a otros, todos los cuales se hallaban incluidos en la relación de libros prohibidos cuyo índice había sido elaborado por el inquisidor Fernando de Valdés y Salas⁹, detalles que expone el doctor Eugenio Gutiérrez González en su discurso de ingreso en la Real Academia Española.¹⁰ El descubrimiento de ese ejemplar de *El Lazarillo* constituye el núcleo central de una trama, en la que no es ajena la medicina, por la que desfilan diversos personajes como Pedro, Ramón, Cantalapiedra, María, Alberto, Jukka, Carlos... con sus correspondientes papeles en la sucesión de hechos, en los que no falta la inclusión algunos de datos históricos como, por ejemplo, los relativos al almirante Blas de Lezo.¹¹ Naturalmente la Real Academia Española celebra la extraordinaria importancia que supone la aparición del incunable, al que se le presta la máxima atención a lo largo de años hasta que ciertas vicisitudes que se van produciendo desembocan en un asesinato. Años más tarde el ejemplar de *El Lazarillo*, y otros libros, salen de España a consecuencia del proceder de un grupo de delincuentes y, durante un tiempo, van a cambiar de lugar a través de varios Estados noreuropeos, hasta que los protagonistas de la novela, consiguiendo hacerse con la situación, se imponen a los malhechores con lo que, felizmente, esos libros regresan, como reza la contraportada “a donde nunca debieron salir”. Esto dicho, el desenlace tras el hilo conductor del argumento, con toda una variedad de planos, sólo el lector es el “competente” para descubrirlo.

Con *Muerte en la Academia* el autor, una vez más, vuelve a ratificar no sólo su calidad literaria sino también el estar en posesión de una facultad muy importante para todo escritor: la imaginación, con la que se engarzan los acontecimientos que van sucediéndose a lo largo del relato. El libro resulta de cómoda lectura habida cuenta de la acertada edición, sin embargo, ello no significa que su contenido sea por así decir sencillo, antes al contrario, el texto presenta una complejidad que revela la factura propia de los autores intelectualmente solventes.

⁹ Página 336. Fernando Valdés y Salas (Salas, Asturias, 1483- Madrid, 1586), de gran relevancia política en el siglo XVI, además de Inquisidor general desempeñó el cargo de presidente del Consejo Real de Castilla, y fundó la Universidad de Oviedo, en el centro de cuyo patio porticado, del Edificio Histórico, existe una estatua en bronce que recuerda ese hecho.

¹⁰ Fundada en 1713 en Madrid, reinando Felipe V, a iniciativa del duque de Escalona, entre otros títulos, Juan Manuel Fernández Pacheco y Zúñiga, a imagen y semejanza de *l'Académie française*, fundada en 1635 por el cardenal Richelieu reinando en Francia Luis XIII.

¹¹ A Blas de Lezo y Olavarrieta (Pasajes, Guipúzcoa, 3 de febrero de 1689-Cartagena de Indias, Nueva Granada, 7 de septiembre de 1741) se le conoció especialmente por las numerosas heridas de guerra que le produjeron diversas mutilaciones, y se le considera uno de los grandes estrategas en la historia de la Armada Española.

Llegado aquí no puedo dejar de referirme a lo que supone para un autor la nada fácil tarea de escribir, dificultad que el propio autor reconoce. En efecto, como afirmó, hace casi veinte años, el filósofo del Derecho profesor Ignacio Sánchez Cámara “existen muchas razones para escribir” citando, entre ellas, la vanidad, la fama, el éxito o la riqueza, y recordando la carta que Friedrich Nietzsche envió el 15 de julio de 1882 a Erwin Rohde en la que le decía: “he escrito para mí” (“*Mihi ipsi scripsi*”)¹². Pues bien, para el autor, como él mismo dice en el prólogo de la obra que nos ocupa, “escribir significa contar cosas que lleven al lector a confundirse con los personajes” con los que autor “debe mezclarse” con emoción, porque sin ésta “no hay un buen escritor”, un fenómeno que para Antonio Bascones es “lo fundamental en el arte de la escritura”¹³. A mi parecer para ser un buen narrador, hay que dominar la ficción, y eso es lo que se percibe en la obra. Toda novela, todo film o toda obra teatral donde “cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia”, como reza esa tradicional cláusula, es, sí, una ficción, sin embargo, por encima de esta obviedad existe un valor que es el de presentar u ofrecer, a quien se enfrenta con ella, una historia inexistente paralela a la realidad. Unos hechos que sólo existen en la imaginación del autor, pero que llegan al lector, o al espectador, que de antemano es conocedor de eso, como una “realidad” que pretende introducirse en *su* mundo circundante.

En el epílogo, las palabras con las que uno de los protagonistas, Alberto, califica la novela que acaba de concluir: “algo enigmática, pero creo que gustará al público”, son justamente las que pueden aplicarse a *Muerte en la Academia*, ya que en ésta se suma la intriga al enigma, y ello, sin duda, aumenta el atractivo para todo aquél que la tenga en sus manos. Por lo demás, parece innecesario, por demostrado, insistir en el nivel de Antonio Bascones como escritor, por lo que es fácil esperar que de su pluma salgan nuevas contribuciones que amplíen y engrandezcan nuestra literatura. Creo firmemente que así será dada su inquietud por, como él mismo dice, “expulsar” lo que se tiene dentro.

¹² Vid. ABC Cultural, de 15 de junio de 2002, número, 542, p. 10.

¹³ Páginas 9-10.